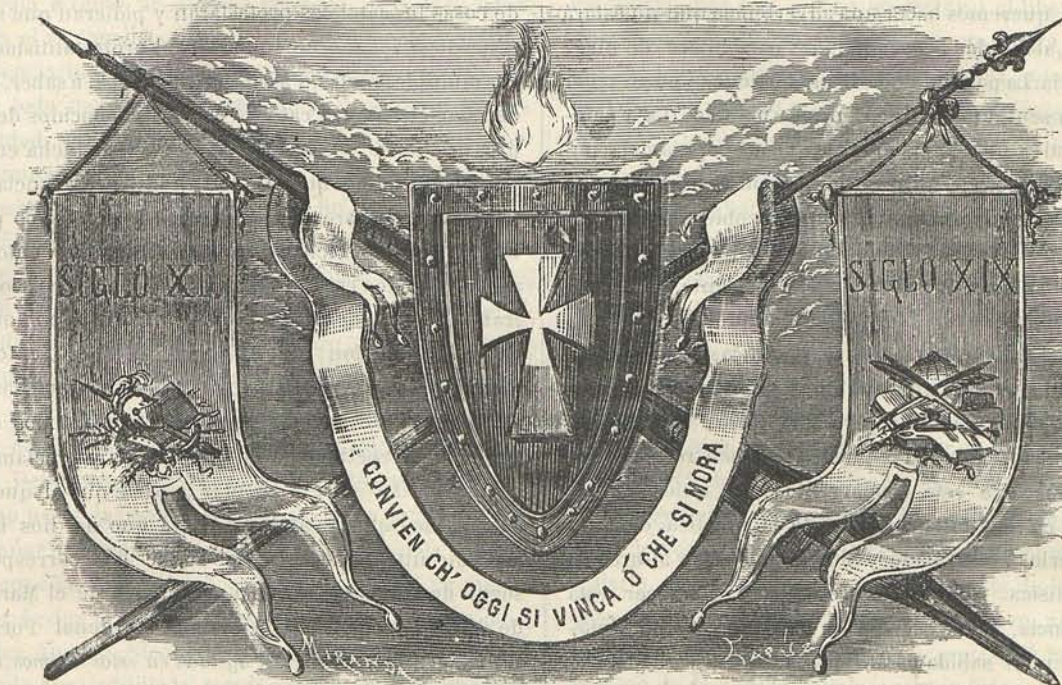




# LA CRUZADA,

REVISTA SEMANAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

## SUMARIO.

*Una Ecuacion*, por D. Enrique Perez-Hernandez.—*El Anillo del Cardenal Cisneros*, por D. Vicente de la Fuente.—*VARIEDADES: El mes de Marzo*, por D. Ramon Rubio Juncosa.

## UNA ECUACION.

*Propos. LXXX del SYLLABUS.*  
*Romanus Pontifex potest ac de-*  
*bet cum progressu, cum liberalismo*  
*et cum recenti civilitate sese re-*  
*conciliari et componere.*

Gran extrañeza habrá causado á nuestros lectores el epigrafe con que damos comienzo á este artículo, y habráse aumentado esta al leer la proposicion del *Syllabus*, que hemos copiado y sigue inmediatamente. No obstante, nada más cierto y exacto. Nuestro siglo profesa un cariño especialísimo á las matemáticas; incrédulo y escéptico, siguiendo la máxima de *ver* y *creer*; no abarcando su inteligencia sino lo que el llama demostracion; no cediendo sino á la evidencia; y aun

esta debiendo conocerla de modo que sus ojos la vean y sus manos la palpen, reserva todo su cariño, guarda toda su credulidad para amar y creer la verdad matemática. Pero no se limita este cariño y creencia á admirar y comprender esta verdad en sí, antes bien el siglo XIX está convencido de la necesidad de aplicar el método matemático á la *averiguacion de la verdad*; pues es sabido que para el siglo en que vivimos, la verdad, tomada esta palabra en su acepcion más importante para el hombre, á saber, bajo el aspecto religioso y filosófico, no está hallada.

Increible parece que la humanidad, tras tantos afanes y vigiliass, esclame que no tiene certidumbre sino de la verdad matemática, ó para emplear la frase gráfica de la escuela, que el hombre solo tiene certeza de que

$$2+2=4;$$

pero increible como á la verdadera ciencia se le antoja; tan exacto y verdadero lo proclama una escuela moderna, cuyo representante más genuino es Eduardo Laboulaye. Hablamos del liberalismo.

Al tomar la pluma para atacar, con todo el vigor y energía de que somos capaces, escuela filosófica tan per-

niciosa, queremos hacer una advertencia que no estará de más, atendidas las condiciones particulares de nuestra patria. La palabra liberalismo no tiene ni puede tener sino un sentido metafísico, nunca político. La escuela liberal es una de las muchas que se disputan el campo de la filosofía, y nunca una reunión de hombres que quieren una determinada forma de gobierno. El liberalismo puede ser admitido y puesto en práctica por el Czar de las Rusias, como por el Presidente de los Estados Unidos; es una idea metafísica que todas las instituciones religiosas, científicas y políticas pueden aceptar ó rechazar; en una palabra, hablar contra el liberalismo, no es hablar contra una forma de gobierno determinada, pues todas pueden y deben rechazar los principios que este sistema filosófico quiere hacer adoptar en la limitada región de la práctica, después de haberlos proclamado y defendido en las alturas de la metafísica. Nos creemos en el deber de hacer esta advertencia, que á escribir en el extranjero no hiciéramos, pues sabida es allí por todos la verdadera y única acepción de la palabra *liberalismo*.

Dicho esto, asentamos que el católico no puede pertenecer á esta escuela. No ignoramos que al leer estas líneas, habrá más de un lector que recuerde nombres como los de Montalembert, Falloux y otros, que constituyen lo que se ha dado en llamar escuela liberal católica, ó mejor dicho, escuela francesa; pero al recordar estos nombres, es preciso saber cómo defienden el liberalismo estos pensadores, y ver si lo proclaman cual bueno en absoluto, en metafísica, y como principio, independiente, cual toda idea filosófica, de las modificaciones que á las cosas puramente terrenas imponen sus dos grandes limitaciones, el *tiempo* y el *espacio*; ó si adoptan los principios de la escuela liberal para poder arrollar obstáculos, propios tan solo de los países en que aquella escuela ha echado raíces. Según sea el valor que den á la palabra en cuestión, así serán ó no confundidos con los sectarios de la escuela liberal; pues no basta para serlo querer ser apellidado con nombre de tan mal gusto literario. El liberalismo quiere hacer triunfar sus principios, como toda escuela filosófica, en todo tiempo y lugar; y así es preciso ver si los católicos, que en Francia y otros países extranjeros se llaman liberales, aceptan la palabra en este sentido.

Francia, en nuestros días, se ha encontrado en circunstancias especialísimas; pasada la gran Revolución del 93, recibió el legado de los principios del 89, y al recibirlo, hubo de querer representar á su antecesora en todos sus derechos, en todas sus afecciones; así amó tanto al Catolicismo. Natural era que en tal estado

de cosas los católicos protestaran y pidieran que se les concediese lo que no se negaba al protestantismo con sus múltiples sectas, y á la religión judaica, á saber, el poder dar enseñanza católica á los hijos nacidos de madres cristianas; y entonces viene esa gran lucha en que sientan principios que solo son aplicables á Francia, gritando: «en nombre de la libertad que mentís, os pedimos el libre ejercicio de nuestra enseñanza;» entonces aparecen todos esos hermosos nombres del episcopado francés, lanzándose á la arena y pidiendo, en nombre de la Constitución, una enseñanza católica; entonces resplandece la inmortal figura de Monseigneur Parisis, hoy llorado de propios y extraños. Pero todos estos principios, repetimos, eran defendidos y proclamados como *transitorios*; era aceptar la parte que el que nos despoja nos quiere abandonar, ya que no nos ha de restituir íntegramente aquello que nos corresponde según derecho. Así escribía perfectamente el Marqués de Valdegamas al Eminentísimo Cardenal Fornari: *La cuestión de enseñanza, agitada en estos últimos tiempos entre los universitarios y los católicos franceses, no ha sido planteada por los últimos en sus verdaderos términos; y la Iglesia universal no puede aceptarla en los términos en que viene planteándose. Supuesta, por un lado, la libertad de cultos, y supuestas, por otro, las circunstancias especialísimas de la nación francesa, es cosa clara á todas luces que los católicos franceses no estaban en estado de reclamar otra cosa para la Iglesia sino la libertad, que es aquí derecho común, y que por serlo, podría servir á la verdad católica de amparo y de refugio.* Véase cómo la escuela francesa ha tenido que proclamar esos principios como transitorios; pero si hoy quiere defenderlos en metafísica; si esos mismos publicistas que hemos citado entienden el liberalismo como principio filosófico, entonces aparecerán confundidos con los sectarios de la escuela liberal.

Es esta francesa como la misma palabra lo indica: liberal en castellano significó siempre hombre que es generoso y no avaro, mas nunca hombre que quisiese seguir esos disolventes principios.

Ahora bien: ¿cuáles son los principios, cuál la doctrina del liberalismo?

El linaje humano descansaba antes en el camino de la ciencia en muchas verdades que había hallado, sin esfuerzo suyo unas veces, y otras con grande y penoso trabajo; estas verdades eran esas que según nuestro profundo Balmes no retardaban, antes bien, daban mayor empuje al hombre estudioso, pues le hacían partir en el conocimiento de la ciencia, de principios sabidos y ciertos, desde los que podía levantar raudo y gigantesco vuelo. Pero empieza la enci-

clopedia á reirse de las más sagradas verdades; viene luego el racionalismo, y lo niega todo, hasta la misma existencia individual humana, confundiéndola en un gran todo mediante el panteísmo; y entonces la humanidad, que antes quería saber de dónde partir en el camino científico, no quiso saber el principio del conocimiento y marchó hácia su fin sin brújula que le señalase el norte y hubo de perder el rumbo, y así duda de todo hoy, ya no cree en nada.... sí.... cree en la verdad matemática. Y cree en esta porque se la han demostrado. Pero, ¿sabe nuestro siglo, podríamos preguntar, lo que es demostración? El siglo de las luces, del progreso material, no conoce más que una clase de demostración, y esta puede ser de dos especies. Demostrar una verdad es desvanecer en nuestro ánimo hasta la menor sombra de duda que pudiera empañar el terso cristal de nuestra conciencia respecto á aquella verdad; pero esta demostración se puede hacer de dos modos diversos, modos que el gran metafísico Augusto Nicolás, en su reciente y nunca bien alabada obra intitulada *Arte de creer*, espone de una manera notabilísima. Hay demostración, que bien podemos llamar *objetiva*, es decir, que nos prueba y muestra la naturaleza de la verdad de que tratamos; nos analiza sus partes, y nos las presenta armónicas por medio de la síntesis; hé aquí la demostración matemática é histórica, aplicable á algunas verdades físicas y filosóficas, pero no á todas. Pero hay otro género de demostración, y esta es la que podremos apellidar *subjetiva*, es decir, aquella que no nos enseña la naturaleza completa, íntegra de la verdad, que casi no la estudia, y nos prueba, no esta, sino la credulidad que merece la persona que la ha espuesto, y tratándose del elevadísimo orden de la religión, nos dice: «yo cristiano, no te pruebo el Misterio de la Santísima Trinidad, porque esto es completamente imposible, pero te pruebo que lo ha dicho Jesús, que es el Hijo de Dios Vivo, el Mesías anunciado por los Profetas, deseado por los Patriarcas, y crucificado por el pueblo deicida, y Jesús vivió en Galilea, é hizo curas que los Hipócrates no hicieron, y rogó por sus verdugos al dar el último suspiro:» cuando la religión me dice esto, me ha probado, por medio del R. P. Félix, *la imposibilidad de dejar de creer en el Misterio religioso*; ó como dice Augusto Nicolás: *tengo la evidencia de la autoridad*. Hé aquí lo que no comprende nuestro siglo; hé aquí como no cree todo aquello que aparece demostrado, pues entonces creería algo, y aun mucho más de la verdad matemática.

El siglo XIX, pues, no cree todo aquello que aparece demostrado. Pero como era imposible que negase la existencia de la verdad, á no ser completamente

escéptico, dice por su órgano natural el liberalismo, que cuando la verdad esté hallada no habrá más remedio que abatir la cerviz y humillarse ante ella, ó para usar la palabra gráfica, *la verdad se impone*. Con efecto, es imposible, á no ser escéptico, concebir el pensamiento apartándose de la verdad, una vez hallada, cuando aquel debe tender hácia esta, y para ello hacer sus más generosos y potentes esfuerzos. Partiendo de estas dos ideas tendremos la clave con que explicar la doctrina liberal. La verdad no está hallada: solo sabemos que es cierta, completamente cierta la verdad matemática, y necesitamos, por tanto, intentar la averiguación de la verdad bajo su aspecto religioso y metafísico. Bien es verdad, que así que la hallemos de una manera clara, determinada, fija y demostrada, no podremos rebelarnos contra ella; pero como todavía no la hemos encontrado, debemos buscar el medio de hallarla. Recuerda el siglo XIX, en medio de los achaques de su vejez, que las matemáticas son una gran cosa, y entre ellas el álgebra, y procede á la averiguación de la verdad religiosa y metafísica por medio de una sencilla ecuación.

Se encuentra el siglo con muchos elementos ideológicos, y cayendo en un groserísimo error, confunde la idea con la verdad, y dice: «yo no puedo ahogar el pensamiento, este es libre; todo pensamiento tiende á la averiguación de la verdad, y como tal, toda idea que aparece en el campo científico es un progreso; yo no puedo ni debo impedir su desarrollo y propagación, pues esto equivaldría á matar la verdad.» Con dolor nos detenemos á refutar errores tan crasos, como son los de confundir nociones tan diversas, á saber: *idea*, *elemento ideológico*, y *verdad*, *elemento científico*. La humanidad hoy, apenas vislumbra una idea la bautiza con el hermoso nombre de *verdad*. No, y mil veces no: esa idea será verdadera ó falsa, mas hasta que pruebe ser verdadera, ¿por qué la llamas ¡siglo de las luces! verdad, nuevo elemento científico? Lo que hoy tenemos son muchas ideas, no muchas verdades. Pero aun hay otro error más craso, si cabe, y es el asentar que toda inteligencia tiende al conocimiento de la verdad; esto debe ser, pero no sucede así, pues resultado de la primera falta, la razón se vé de continuo arrastrada lejos de la verdad por las malas pasiones que llegan á ser sus dueñas y señoras. Conste, pues, que ni toda idea es un nuevo elemento científico, ni toda inteligencia tiende al conocimiento de la verdad, pues ó por las pasiones ó por poquedad de fuerzas intelectuales, hay muchas que miserablemente se estravian.

Pero no dice solo esto el liberalismo, sino que con-

fundiendo dos estados de la inteligencia completamente distintos, como son los de *certeza* y *probabilidad*, mira como creencia subjetiva, quizá no existiendo como verdad objetiva á las ideas religiosas y metafísicas. De aquí esa mentida tolerancia que dice tener con todas las creencias; y decimos mentida, porque cada día nos convencemos más de la farsa que intenta representar tal escuela con su pretendida tolerancia. No es tolerante, no, el liberalismo. Nosotros hemos leído los escritos; nosotros hemos oído la palabra de la escuela, y las más de las veces sus armas son el sarcasmo, la ironía y la impertinente calificación del contrario. No es tolerante quien pretende apellidar oscurantista y enemigo del progreso á quien no participa de sus opiniones; quien desprecia y lanza palabras deprimentes á todas las escuelas que tienen el valor de cerrar con ella; y al escribir la palabra valor, cuenta con que lo hacemos intencionadamente, pues según los vientos que reinan en las regiones científicas, es casi ya un heroísmo no apellidarse liberal. ¡A qué lamentable atraso filosófico no habremos llegado!!

Ahora bien: el liberalismo no conoce la verdad religiosa y metafísica, y propone la resolución de la siguiente ecuación: Dados los actuales elementos científicos, hallar la verdad, que no aparece para nosotros sino como incógnita, y enunciando la ecuación bajo la forma algebraica, tendremos:

$$\text{Pasados} + \text{actuales elementos científicos} = X.$$

Hé aquí la ecuación que el liberalismo intenta resolver; ¿y cómo? Sencillamente, por medio de la discusión, que es su querida panacea. Una vez enunciada la ecuación, veamos si está bien planteada, y si es posible su resolución.

El liberalismo ha debido no perder de vista que la inteligencia conoce dos ideas: Verdad y Error, que es la negación de aquella. No decimos nosotros para vigorizar más la argumentación cuál sea la verdad (y eso que bien á las claras muestra serlo el Catolicismo), pero esta escuela, á no ser escéptica, debía haber conocido la existencia de estas dos ideas; y siendo esto así, y siguiendo su misma máxima de que la verdad se impone, ¿no estaba en el deber el liberalismo de conceder solo fueros y derechos á la verdad y negárselos al error? Este nunca puede tener derechos; es menos que una sombra, es la negación, el *no ser*. Y siendo esto así, cómo el liberalismo no se cruza de brazos, y en vez de lanzar el grito de *igualdad ante la ciencia* para todo elemento ideológico, no dice: «tal idea es la verdadera, y á ella solo doy derechos y concedo re-

presentación en la sociedad.» La corona de la ciencia se ha de dar al hijo legítimo y nunca á los bastardos, y hé aquí cómo el liberalismo empieza, al igualar ante la ciencia á la verdad y el error, desconociendo un gran principio metafísico. Así indignado, esclama Monseigneur de Segur en su precioso folleto acerca de la revolución: «¿Quién entre los cristianos se atreverá jamás á decir que Satan tiene en el mundo los mismos derechos que Jesucristo?»

Pero es que el liberalismo no conoce la verdad y quiere averiguarla. ¡Pobre escuela que no conoce más que la verdad matemática! ¡Y esto se llama escuela! El liberalismo nos propone una ecuación que no le honra como matemático: toda ecuación necesita que los datos conocidos tengan un valor fijo y determinado, pues el valor de la incógnita depende siempre del valor de aquellos. Ahora bien; el liberalismo nos dice: «hallad la incógnita, la verdad, dados los elementos ideológicos que poseo, pero cuyo valor no sé; yo ignoro si son verdaderos ó falsos; yo no sé nada; es preciso tan solo igualarlos ante la ciencia, y por medio de la discusión resolver la ecuación.» Ah ¡buen liberalismo! hallar una incógnita cuando no sabes el valor de los datos, es imposible en álgebra y en metafísica. Véase la ecuación del siglo XIX; mal planteada, y como mal planteada, imposible en su resolución.

Hay una verdad, y esta es el Catolicismo, que aparece demostrado objetiva ó subjetivamente. Conociendo el católico que su religión es la verdad, no como creencia probable, sino con certeza, con infalibilidad, no puede aceptar como principio metafísico la libertad de cultos, ni la libertad de enseñanza, ni ninguna de esas máximas anárquicas que proclama semejante escuela.

Hé aquí como su S. S. colocaba en el *Syllabus* la proposición que afirma lo contrario.

Imposible; el liberalismo no será nunca católico. Parte del escepticismo, desconoce la verdad, concede iguales derechos al error, y es por tanto diametralmente opuesto á la santa y consoladora afirmación católica. Esta no transige y la idea liberal transige, pues no sabe cuál es la verdad, y aun la subdivide y admite llegar al fin necesario por distintas y opuestas religiones y creencias.

El liberalismo campea en la ciencia moderna. Mas ¡*Vae tibi flumen moris humani!* repetimos nosotros con San Agustín. La corriente de la costumbre es impetuosa, pero todavía quedan algunas piedras por arrastrar; son escasas desgraciadamente, mas, andando el tiempo, ya llamará la historia al liberalismo ante su tremendo tribunal, y le increpará con aquellas palabras que

el gran Alcuino decía del juicio final; entonces preguntará la historia á esta escuela: «¿Qué hiciste para Dios, la justicia y la humanidad?» Hoy se ríe de nuestros asertos; no lo extrañamos: recordamos perfectamente un gran pensamiento de Capefigue, el célebre historiador francés, para que pueda sorprendernos cosa tan natural: «cuando la copa del festín pasa en derredor de la mesa, no se presta oído atento á la cascada voz del trovador que predice la catástrofe.» Cuando esta llegue, la humanidad conocerá que ha estado detenida en la senda del progreso por una escuela filosófica, que no tenía de tal sino el nombre.

ENRIQUE PEREZ-HERNANDEZ.

## EL ANILLO DEL CARDENAL CISNEROS.

Al morir en Roa el Cardenal Cisneros, yendo en busca de la fugitiva corte que traía al Emperador Carlos V, algunos vecinos del pueblo invadieron la casa y principiaron á robar todos los efectos y alhajas que hallaban á mano.

Al ver esto Gonzalo de Ayora, capitán de la guardia que llevaba el Cardenal como Regente de la Monarquía, se arrojó con espada en mano contra los rapaces, echándolos á golpes de la cámara mortuoria y de la casa. Con todo no fué posible rescatar muchos de los objetos y alhajas de su uso, que ya para entonces habían desaparecido.

El cadáver se trajo á la villa de Alcalá, de la jurisdicción arzobispal de Toledo. El Cabildo Magistral de San Justo y el Colegio Mayor salieron separados á recibir el cadáver del varón eminente á quien tanto debían uno y otro.

Abierto el testamento, se halló que dejaba por heredero de sus bienes muebles é inmuebles al Colegio Mayor de San Ildefonso, depositario también de sus restos mortales. En virtud de esta disposición, se entregaron al Colegio por el P. Ruiz, su sobrino, y obispo de Ávila, los objetos que se habían podido salvar, y entre ellos el anillo que sirve de asunto á este artículo.

¿Pero el anillo que lega el Eminentísimo Sr. Cardenal D. Fernando de la Puente al Cabildo de Toledo, es el mismo que usó el Cardenal Cisneros y que se guardaba en Alcalá?

Si lo es, ¿por qué vicisitudes ha pasado hasta llegar á sus manos?

¿El anillo que se robó en la biblioteca de la Universidad Central en Agosto de 1856 era ese mismo, ó no?

Ello es que en los inventarios de la Universidad Central se nombra un anillo que se decía ser del Cardenal Cisneros, *de oro y con una amatista*, y del espediente que se formó con motivo de aquel robo constará la sustracción del guardado hasta entonces en la Biblioteca del Noviciado, con todos los demás objetos pertenecientes al Cardenal, y que se trajeron en 1837

de la Universidad de Alcalá al tiempo de su traslación á Madrid.

Conviene, pues, aclarar este punto, sobre el cual en su día puede haber dudas, y al Cabildo mismo de la Santa iglesia de Toledo, digno depositario de este objeto histórico, interesa el saber la autenticidad y la legitimidad de su procedencia.

La circunstancia de haber tenido en mis manos ambos anillos, de haber sido depositario del uno por espacio de cuatro años, como bibliotecario de la facultad de Derecho, y de haber oído de boca del difunto Cardenal la narración del modo con que el otro anillo vino á sus manos, me obligan á tomar la pluma sobre este asunto, accediendo á los ruegos de los jóvenes redactores de LA CRUZADA, á muchos de los cuales profeso, por varios motivos, singular afecto. Un objeto del Cardenal Cisneros no es, ni puede ser, una cosa indiferente, y menos para ningún español y buen católico.

El anillo del Cardenal se conservó en la biblioteca de la Universidad de Alcalá, juntamente con su alba y amito, que aun se guardan en la de Madrid, y otros objetos que desaparecieron de aquella el año 1808. Dicese que el anillo legado á la Catedral de Toledo por el Cardenal de Burgos fué regalado por el claustro de aquella Universidad al intruso Bonaparte. Pero ¿dónde estaba ese claustro? ¿quién lo formaba? ¿Acaso estuvo abierta la Universidad durante la guerra de la Independencia? ¿Y qué catedráticos ó doctores eran esos que regalaban á un intruso lo que el colegio de San Ildefonso y la Universidad no se hubieran atrevido á regalar á los legítimos monarcas de España?

Muy distintas son las noticias que yo tuve cuando allí estudiaba, y las que podrán dar los ancianos de Alcalá ó las personas que conservan tradiciones de aquellos tiempos. Las alhajas de la universidad, incluidas las de la sacristía, *fueron robadas en su mayor parte por algunos pocos catedráticos y doctores afrancesados que quedaron al frente de la universidad*, y lo que sobre ese punto pudiera decir respecto á cosas, hechos y personas es muy bueno para llamado, y vale más que permanezca sepultado en profundo olvido.

El celo de un bedel logró salvar á duras penas los sermones originales de Santo Tomás de Villanueva, con su riquísima encuadernación de oro y plata, el cáliz que se decía ser de Cisneros, el *Lignum Crucis* regalado al Cardenal por el Papa León X, y hoy primera y principal joya de la Real Capilla, y algunos otros pocos objetos, que aquel depediente pudo ocultar con gran riesgo y premura. No así el anillo, que estaba arriba en el gabinete reservado de la biblioteca, y que con el monetario y rica dactiloteca fueron saqueados y repartidos á pretexto de cobrar sueldos de cátedras, y dotaciones no cobradas.

Por este medio salió el anillo de la Universidad de Alcalá de Henares, y es probable que alguno de los catedráticos afrancesados que se repartieron aquel tesoro, lo regalase al intruso José Bonaparte. Dudo mucho que hubiese acuerdo ninguno del claustro, ni aun claustro que tomara tal acuerdo, y es punto que pienso averiguar.

A la verdad si el claustro lo hubiera regalado á

José Bonaparte, ¿cómo luego se enseñaba en la biblioteca un anillo que se decía ser del Cardenal Cisneros? ¿Podían ignorar esta donación los que buscaron quizá un anillo parecido, para ponerlo en lugar del que se había sustraído?

En mi juicio, el anillo que se enseñaba últimamente en Alcalá, y después en Madrid, como del Cardenal, no era, *ni aun podía ser*, el verdadero anillo. Recuerdo muy bien su hechura, pues centenares de veces lo tuve en la mano durante los cuatro años que estuvo confiado á mi custodia.

Era un anillo más pequeño que el legado por el señor Cardenal de Burgos: el oro más amarillento; el trabajo más tosco; la amatista era un camafeo que representaba, al parecer, el busto de la Virgen, cubriendo con el manto su cabeza: rodeaban á la amatista varias chispas de diamante: el anillo era tan pequeño, que no solamente no podía usarlo el Cardenal Cisneros, pero ni aun una niña de doce años, pues no cabía apenas ni aun en el dedo meñique: tenía una cadenilla de alambre, cuyo uso y objeto se ignoraba. Así que al enseñarlo á los curiosos que visitaban la biblioteca, había que decirles que aquel anillo *se decía* haber sido del Cardenal Cisneros, pero *que era muy dudoso* fuese cosa de su pertenencia.

Por desgracia este anillo fué sustraído de lo reservado de la biblioteca de la Universidad á fines de Agosto de 1856, tres años después de haber hecho yo entrega de aquel objeto y demás guardados en ella, y que forman un pequeño gabinete de objetos pertenecientes al inolvidable Cardenal Ximenez de Cisneros.

Juntamente con el anillo fueron robadas las cubiertas de los sermones originales de Santo Tomás de Villanueva, que tenían siete libras de plata y nueve onzas de oro, y que hoy pudieran lucir en la exposición de París honrando las artes españolas. Robóse también un cáliz de plata sobredorada, que *se decía* ser del Cardenal Cisneros, pero que en mi opinión tampoco lo era, pues su hechura no se parecía á la de los cálices que se conservan de aquel tiempo.

Con la desaparición del anillo apócrifo de Cisneros coincidió ¡cosa rara! la aparición del verdadero.

Habiendo ido á Roma el Sr. Cardenal Puente á la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, hizo relaciones con el Sr. Arzobispo norte-americano de Baltimore <sup>1</sup>, el cual le regaló el dicho anillo. José Bonaparte tuvo un hijo en aquella población, después de su malandanza en las inmediaciones de Vitoria, y del destronamiento de su hermano. Bautizó aquel niño el obispo católico de Baltimore, y el ex-Rey le regaló al obispo aquel anillo, que este dejó á su sucesor, pasando así de uno en otro prelado. Como el Sr. Puente se había educado de niño en Inglaterra, el prelado norte-americano simpatizó con él, y le hizo entrega del anillo, para que este volviese á España, donde tendría más estima y aprecio que en los Estados-Unidos. Esta es en globo la relación que oí de boca del mismo Sr. Puente,

<sup>1</sup> Creo que fué el de aquella Diócesis, si mal no recuerdo. Es de suponer que el Emmo. Sr. Puente lo habrá dejado consignado en su donación.

á su regreso de Roma, y tal cual puedo recordarla, en lo relativo á las vicisitudes porque ha pasado ese anillo en España, Norte-América y Roma hasta regresar á España.

El anillo que entonces pude examinar detenidamente, y por lo que recuerdo, es también de oro, y tiene una amatista más gruesa que la del anillo robado en la biblioteca de la Universidad. Tiene este por dentro unas letras que dicen *Card. Xim.* (Cardenal Ximenez). Estas letras son modernas: quizá las hizo poner José Bonaparte, y aun sospecho que al grabarlas se alterase la forma del primitivo anillo, dándole otra nueva con el mismo oro primitivo, y quizá haciéndolo mejor, pues me pareció este en demasía holgado.

Dejo á la investigación de personas más competentes en la materia, investigar si la hechura del anillo es del siglo XVI ó del siglo XIX, lo que tampoco se puede decir sin examinarlo con más detención.

Mi objeto en este artículo es evitar que en ningún tiempo se crea que el anillo donado por el Emmo. Señor Cardenal Puente á la Santa Iglesia Catedral de Toledo sea apócrifo, ni tampoco el que se robó en 1866 en la Universidad Central de Madrid, acerca de cuyo robo existirá una causa criminal en la Audiencia de esta corte, pues bajo juramento podré asegurar que el anillo donado ni aun se parece al que se robó.

Madrid 26 de Marzo de 1867.

VICENTE DE LA FUENTE.

## VARIEDADES.

### El mes de Marzo.

Estamos á treinta y uno de Marzo.

Y LA CRUZADA tiene un mes de vida.

Y no un mes como se quiera, sino un mes de cinco domingos.

Y el Marzo corriente, que desde hoy será *corrido*, no ha sido tan notable por la cantidad de sus domingos como por la calidad de sus días.

Efectivamente, los días de este mes han sido fecundos en acontecimientos de diversas clases.

Principió con el carnaval.

Y como cosa de carnaval, así fué el principio del mes.

Hubo muchas cosas serias dichas en broma, y también muchas bromas dichas en serio.

Y los que tomaron parte en unas y otras dicen se divertieron.

Y tal parece ser el objeto de las máscaras.

Máscara, hé aquí una palabra cuya etimología es digna de estudio.

*Más cara* significa una *cara más*.

Y como un adagio vulgar dice que la cara es el espejo ó imagen del alma, resulta que los que se ponen careta tienen dos espejos, dos imágenes, ó lo que es igual, dos fotografías del alma.

Pero es regla constante, de dos fotografías la que más se parece al original es la últimamente sacada.

Si un amigo nuestro nos enseña dos retratos suyos,

el uno hecho hace veinte años, y el otro ayer, claro está, que por muy perfecto que estuviese el primero, en la actualidad se parecerá más el segundo.

Pues eso sucede con la cara más que llevan las máscaras; tiene que ser una imagen más viva y exacta de su alma, que la otra antigua que tienen desde que nacieron.

Y en buena lógica, ahí teneis lo que es el carnaval.

Una exposición de retratos.

Como si dijéramos, de fotografías de las almas de los que llavan careta.

¡Oh! y según eso ¡que de interiores se revelan en esos tres días!

Tres días he dicho, pero me olvidaba que escribía en Madrid.

Y en Madrid la gracia del carnaval dura un día más.

La razón creemos sea un privilegio concedido á la corte de España por el consejo supremo de las malas costumbres.

Y como los privilegios, en general, son odiosos, y este de que vamos hablando no tiene razón especial de ser, creemos debiera abolirse.

Donde no principió el mes con alegrías y bromas fué en Barrachina, pueblo de la provincia de Teruel.

Por el contrario, el día primero presenciaron sus habitantes una desgracia verdaderamente horrible.

Cuatro lobos hambrientos penetraron en el pueblo y devoraron en un instante á cuatro niños que jugaban en la calle.

Y destrozaron los corazones de cuatro madres, anegándolas en lágrimas de dolor.

También en Alcolea de Cinca ocurrió en la noche del martes de carnaval un lance desagradable.

Cuando más animado estaba el baile en la sociedad titulada *La Tertulia*, apareció en el salón un perro rabioso.

Este animal, altamente impolítico, puesto que no había sido convidado, tendría grande afición á la música ó al baile, ó á las dos cosas; pues de lo contrario no nos explicamos su presencia en *La Tertulia*, mucho más con la enfermedad que llevaba encima.

Y no fué lo peor que se presentase en el baile, sino que mordió á una señorita, que al día siguiente ofrecía pocas esperanzas de vida, llenando de amargura y de aflicción á una familia.

El perro pagó su atrevimiento con la muerte.

El sistema fué represivo.

Y nosotros, amigos también del preventivo, aconsejamos que de hoy en adelante se ponga á las puertas de los liceos, sociedades y tertulias, un letrero pareciendo al siguiente:

«Se prohíbe la entrada á los perros.»

«Y también á la hidrofobia.»

Y añadido á la hidrofobia, porque no sabía hasta ahora que esa enfermedad hubiera entrado en bailes y teatros.

No ignoraba que las pulmonías y catarros solían esconderse detrás de las puertas de los teatros, casinos, cafés, etc., para sorprender á cualquiera que saliese echándosela de valiente.

También había oído que las apoplejías ó acci-

denes se suelen colar adentro alguna que otra vez.

Pero nunca que á la hidrofobia le hubiese dado esa manía.

Mas en poco tiempo nos ha probado dos veces lo contrario.

Una en Alcolea y otra unos días antes en el teatro de Lima.

En este último se estaba representando por primera vez *La Dama de las Camelias*.

Y un gato quiso enmendar la plana al autor de la obra.

E improvisando una escena, se presentó en las tablas, y encrespando su pelo y encendiendo sus ojos, espresó con terribles maullidos lo que al parecer sentía, y enfurecido cada vez más, corre en busca de la dama de las camelias, y encontrándola, le asesta una herida mortal.

En todo esto el gato probó ser un eminente trágico.

Pero estaba rabioso, y quien recibió la herida no era la dama de las camelias.

Fué la señora Delancourt.

Y la señora Delancourt, que desempeñaba á la noche siguiente el mismo papel que la anterior, exclamaba al llegar á la escena del gran baile:

«¡Huid.... huid todos....! ¡que yo no os muerda.... que yo no os muerda....!»

Y la primera actriz señora Delancourt, dejó de existir, presa de las horribles convulsiones de la hidrofobia.

Unid este caso al anterior, y haced extensiva á los gatos la prohibición que pusimos á los perros.

Pues más vale que salgan á las tablas regimientos formidables y numerosas comparsas de ratones, que el que vuelva á tener lugar una escena parecida á la del teatro de Lima.

No deja de llamar la atención la muchedumbre de acontecimientos tristes y de desgracias imprevistas que han tenido lugar en este mes.

Como el mes principió con el carnaval, la muerte tiró la guadaña, se rellenó con estopa y lana los huesos, se puso una careta, y dió muy buenos chascos, cogiendo de improviso á cuantos le dió la gana.

Y los cuatro elementos le prestaron grande ayuda.

Y el tiempo fué muy malo también.

(Hablo del tiempo como lo entienden los calendarios, no como el nuevo historiador de Galicia.)

Los vientos se desencadenaron.

Y con grande algazara corrian alrededor del mundo, jugando con nuestro planeta como si fuera una pelota.

Las olas del mar tuvieron envidia de los vientos, y quisieron también desasirse de las fuertes argollas que las sujetaban.

Y en sus violentos esfuerzos por lograrlo, hicieron astillas cuatro embarcaciones, y ahogaron entre sus brazos á cuarenta de sus amigos más leales.

Hé ahí lo que ha costado el horroroso naufragio que ha tenido lugar en las aguas de Valencia.

Cuarenta vidas de cuarenta hombres, y unos veinte millones de reales.

En los mares de las Islas Canarias también ha habido naufragios.

Pero no tenemos noticia hayan ocurrido más que pérdidas materiales.

Y gracias que las aguas no pudieron soltarse, que si no, el Aragonés que predijo un diluvio para el día trece, se cubre de gloria..... y de agua.

Y cubierto de agua poco le hubiese importado la fama.

A mí me gusta que los hombres adquieran mucha fama; pero, francamente, me alegro que el pronóstico no haya salido cierto del todo.

Y digo del todo, porque el día trece llovió, no fué un diluvio ni mucho menos, pero al fin y al cabo, el astrónomo no iba descaminado.

A quien hubiese convenido el diluvio anunciado, es al Sr. Garaizabal, propietario de la fábrica de papel del Prado de la Magdalena en Valladolid.

Pues las llamas no quisieron ser menos que los vientos y las aguas, y eligieron para teatro de su recreo y solaz la fábrica del Sr. Garaizabal, que en la noche del 17 fué presa de un voraz incendio.

Y ya creía yo que no íbamos á tener que echar en cara á Marzo ninguna desgracia ocurrida en los caminos de hierro, cuando en la mañana del 27 se hunde la vía ferrea cerca de Getafe.

Y al llegar el tren, que venia á Madrid, al sitio del hundimiento, descarrila y se hacen mil pedazos los coches primeros que seguían á la locomotora, resultando tristemente algunos viajeros muertos y otra porción heridos.

Apuntes curiosos para los que, llevando á mal muchas de las innovaciones hechas en nuestros días, recuerdan los buenos tiempos en que se viajaba en galera.

Donde también se levantó un huracán bastante fuerte ha sido en Irlanda.

Y dicen los periódicos de por allá, que Dios sabe lo que hubiera sucedido, á no estar Eolo disfrazado de inglés, cuya circunstancia contribuyó á sosegar aquel remolino.

En Francia corrieron vientos ó aires de palabras.

Y no porque las palabras dichas en Francia fuesen de poco peso y se las llevase con facilidad el aire.

Sino porque en este mes los aires ó los vientos han tenido más fuerza que la que se necesita para mover la palabra de mayor peso.

Y cuando esto sucede, las palabras se las lleva el aire.

De esta clase de aires ha corrido solamente un cierzo en España.

No ha habido más que elecciones.

La electricidad también ha tenido un rato de expansión.

Un rayo ha causado bastantes desastres en la Catedral de Santiago.

Milagrosamente no hubo desgracias personales que lamentar, sin embargo de que un número considerable de fieles asistía en aquel momento al santo sacrificio de la Misa.

Esto ocurrió el día de San José, del hombre *justo*, como le llama el Evangelio, cuya festividad tiene Marzo la honra de celebrar en uno de sus días.

También en este mes solemniza la Iglesia uno de

sus grandiosos misterios: el de la Encarnación del Verbo Eterno.

Misterio que encierra el amor de un Dios.

Misterio que abre las puertas del cielo al hombre.

De necrología, no citaremos más que la muerte del Eminentísimo Cardenal Puente, Arzobispo de Burgos.

Grandes honores y grandes exequias se le han tributado en Madrid y en la capital de su diócesis.

Grande era su dignidad y grandes eran sus virtudes.

Es de suponer que infinitamente más grande ha sido la recompensa que en el cielo ha recibido este príncipe de la Iglesia.

Antes de concluir, voy á hacer constar dos hechos enteramente distintos y de grande relación.

De grande importancia el uno, de grande belleza el otro.

Distintos en el espacio, pero unidos en el tiempo.

Patrio el uno y extranjero el otro.

Y su intimidad es tan grande, que uno de ellos deja de ser, si no es como el otro indica.

Y su diversidad es tanta, que el uno por palacio tiene un Circo, y el otro por palacio tiene un Templo.

El uno es lo bello, el otro su explicación.

Uno es el arte, el otro lo que el arte es.

Efectivamente, toda esta diversidad y toda esta relación tienen entre sí los conciertos dirigidos por Barbieri en el Circo del Príncipe Alfonso en Madrid, y las conferencias del Padre Félix en Nuestra Señora de París.

Yo desearía que todos cuantos van los domingos al Circo del Príncipe Alfonso y se estasian en él con las grandes bellezas de la música, leyese antes de ir si quiera una de las conferencias de este año del Padre Félix.

Y de esa manera, al sentir en el fondo de su alma la sublimidad y la belleza del arte, se esplicarán lo bello y lo sublime de lo que allá en el fondo de su alma sienten.

Y el que además de sentir se esplica lo que siente, goza por duplicado.

Y saca utilidad de lo que goza.

Barbieri nos hace sentir el arte; el Padre Félix nos lo esplica.

Uno y otro nos demuestran la influencia que en el arte, como en todo, tiene nuestra sagrada religion.

El uno nos presenta obras maestras de los genios inspirados de Mozart y Cherubini.

El otro nos dice que «el arte ha labrado en nuestros siglos cristianos una espléndida corona para la Majestad de Cristo; y esta corona lleva como brillantes flóres las más bellas obras del genio humano iluminado por la luz divina. . . . .»

En resumen, el mes de Marzo ha tenido de todo.

En general no ha sido muy bueno; pero me gusta, porque es el precursor de Abril.

Y porque ha dado á LA CRUZADA ¡mil doscientas suscripciones!

RAMON RUBIO JUNCOSA.

**ERRATA.** En el número 3.º, página 22, línea 23, dice «Horacio:» léase «Virgilio.»

MADRID: 1867.—Imp. de R. Vicente, Clavel, 4.